

bras, llegó; corrió ella á recibirle, y ambos impacientes de partir se apresuraron á subir al coche. Sin embargo, Corina dijo un amable adios al príncipe de Castel-Forte; pero sus agradables voces se perdieron por el aire, entre los gritos de los postillones, los reñchos de los caballos, y todo el ruido del partir, á veces tan triste, y á veces tan agradable, segun el temor ó la esperanza que inspiran las nuevas probabilidades del destino.

LIBRO UNDÉCIMO

NAPLES Y LA ERMITA DE SAN SALVADOR

CAPITULO I

Envaneceíase Osvaldo con su conquista, y llevándola, no sentia esta vez la pena de la incertidumbre, cuando casi siempre turbaban sus placeres la reflexiones, y los sentimientos: no porque se hallase determinado, sino porque no pensaba en decidirse, y se dejaba arrastrar por los sucesos, esperando que al fin le llevasen á lo que deseaba. Cruzaron el campo de Albano, sitio donde todavía se muestra el sepulcro de los Horacios y de los Curiacios (1). Pasaron junto al lago de Nemi, y los bosques sagrados que le rodean: allí dicen que Diana resucitó á Hipólito, y no consentia se acercasen á aquel lugar los caba-

(1) En una coleccion de poesías de Madama Brunci, Munster de nacimiento, se halla una descripcion hermosísima del lago Albano.

llos, perpetuando con esta prohibicion la memoria de la desgracia de su mancebo favorito. De esta manera vienen á cada paso, en Italia, á ofrecerse á la fantasia la poesia y la historia, y los sitios deliciosos que las recuerdan suavizan la melancolía de lo pasado, y parece que le conservan una juventud perpetua.

Luego pasaron Osvaldo y Corina las lagunas pontinas, campo fértil y pestilente á un mismo tiempo, donde no se ve siquiera una habitacion, aunque, al parecer, la naturaleza es fecunda : algunos hombres enfermos ponen los caballos, y recomiendan no dormir al pasar las lagunas ; porque en ellas el sueño es precursor cierto de la muerte : arrastran el arado unos búfalos de semblante juntamente bajo y feroz, miéntras los imprudentes cultivadores los conducen todavía alguna vez por aquella tierra fatal, y el sol mas brillante alumbrá aquel triste espectáculo. En el norte anuncia la inmediacion de los parajes pantanosos y malsanos su aspecto horroroso, pero en las regiones del mediodía conserva la naturaleza, aun en sus mas funestos sitios, una serenidad, cuya dulzura engañosa causa ilusion á los viajantes. Si es verdad que sea muy peligroso dormirse al pasar las lagunas pontinas, la invencible propension que inspiran al sueño en el tiempo del calor, es otra de las pérdidas impresiones que aquel sitio hace experimentar. Lord Nelvil cuidaba constantemente de Corina, que alguna vez inclinaba la cabeza sobre Teresina

que los acompañaba, y solia cerrar los ojos vencida de la blandura del aire. Entónces Osvaldo se apresuraba á despertarla con inexplicable temor, y aunque naturalmente era silencioso, no cesaba de mover conversaciones siempre sostenidas, y siempre nuevas, para estorbar que se rindiese al sueño fatal ni un momento. ¡ Ah ! ; no debemos perdonar al corazon de las mujeres los dolorosos sentimientos que excitan en él aquellos dias en que su existencia era tan precisa para la existencia de otro, y en que continuamente se sentian apoyadas y protegidas ? ; Qué soledad debe suceder á aquellos tiempos de delicias ! ; Y cuán venturosas son las que el vínculo sagrado del matrimonio ha llevado suavemente del amor á la amistad, sin que haya amargado su vida un momento cruel !

Despues del paso funesto de las lagunas pontinas llegaron Corina y Osvaldo por fin á Terracina, á la orilla del mar, en los confines del reino de Nápoles. Allí empieza verdaderamente el mediodía ; allí es donde recibe á los viajantes con toda su magnificencia : aquella tierra de Nápoles, *aquella campiña dichosa*, está como separada del resto de la Europa por el mar que la rodea, y por la region peligrosa que es preciso atravesar para llegar á ella, cual si la naturaleza se hubiese reservado aquella mansion de delicias, y hubiera querido rodearla de riesgos. Roma no está aun en el mediodía ; hace presentir su dulzura ; pero el encanto no empieza verdaderament

hasta el territorio de Nápoles. No muy distante de Terracina está el promontorio escogido por los poetas para morada de Circe, y detras de Terracina se eleva el monte Anxur, donde Teodorico, rey de los Godos, habia situado uno de los fuertes castillos con que los guerreros del norte cubrieron la tierra. Muy pocas señales quedan en Italia de la invasion de los bárbaros, ó á lo ménos consisten en destrucciones, y se confunden con los efectos del tiempo. Las naciones setentrionales no han dado á Italia el aspecto guerrero que ha conservado Alemania, como si la blanda tierra de Ausonia no hubiese podido sostener las fortificaciones y las ciudadelas de que están poblados los países del norte : rara vez se encuentra todavía un edificio gótico, un castillo feudal, y solo las memorias de los antiguos Romanos reinan entre los siglos, á pesar de los pueblos que los vencieron. Todo el monte que se eleva sobre Terracina está cubierto de naranjos y de limoneros que embalsaman el aire de un modo delicioso : no hay en los climas setentrionales cosa alguna parecida al perfume meridional de los limoneros en aire libre ; produce en la imaginacion casi el mismo efecto que una música melodiosa ; da una disposicion poética, excita el talento, y le embriaga con la naturaleza. Los *aloës*, los *cactus* de anchas hojas que se encuentran á cada paso, tienen una fisonomía particular que recuerda lo que sabemos de las temibles producciones del Africa : estas plantas causan una especie de espanto ;

parece que son hijas de una naturaleza violenta y dominadora. Todo el aspecto del país es extraño ; se siente otro mundo, un mundo conocido únicamente por las descripciones de los poetas antiguos que tienen á la par imaginacion y exactitud en sus pinturas. Al entrar en Terracina echaron al coche de Corina los muchachos una inmensa copia de flores, cogidas á la orilla del camino, buscadas en el monte, y deramadas sin cuidado ; ; tanto confiaban en la prodigalidad de la naturaleza ! Los carros que conducian las mieses del campo iban siempre adornados con guirnaldas de rosas, y á veces los muchachos los rodeaban de flores ; porque hasta la imaginacion de la plebe se hace poética bajo un cielo hermoso. Véase, y oíase al lado de aquellas risueñas escenas el mar, cuyas olas rompian con furioso bramido, no al impulso de la borrasca, sino de las peñas, obstáculo continuo que se oponia á sus ondas, irritando su poder.

E non udite ancor come risuona.

Il roco ed alto fremito marino ? (1).

Aquel movimiento sin objeto, aquella fuerza sin blanco que se renueva eternamente, sin permitirnos penetrar su causa ni su fin, nos llama á la orilla, donde se nos presenta grande espectáculo, y sentimos como una necesidad mezclada de ter-

(1) ¿Y no estais escuchando cual resuena
El ronco y alto rebramar marino ?

ror de acercarnos á las olas, y aturdir nuestro pensamiento con su estruendo.

Al anoecer se sosegó todo. Paseáronse Corina y lord Nelvil lentamente por el campo con sumo placer : cada vez que sentaban la planta, pisaban las flores, que exhalaban de su seno suaves perfumes ; los ruiseñores venian á recogerse con mayor gusto en los arbustos llenos de rosas, y así los cantos mas puros se reunian con las mas deliciosas esencias, y todos los hechizos de la naturaleza se atraian mutuamente ; pero lo que sobre todo embelesa, y no puede explicarse, es la suavidad del aire que allí se respira. Al contemplar en el norte un sitio hermoso, siempre el clima que se hace sentir altera un poco el placer que podria disfrutarse ; á la manera que un sonido falso en concierto, aquellas leves sensaciones de frio y de humedad, distraen mas ó ménos la atencion de lo que se ve ; empero al llegar á Nápoles se percibe un bienestar tan perfecto, un cariño tan grande de la naturaleza, que nada perturba sus gustosas sensaciones. Todas las relaciones del hombre en los climas frios son con la sociedad ; mas en los países cálidos, la naturaleza da conexion con los objetos exteriores, y los sentimientos se derraman dulcemente hácia fuera. No porque no tengan tambien su melancolía las regiones meridionales ; ¡ dónde no produce esta impresion el destino del hombre ! pero aquella melancolía no produce ansia, ni pena, ni sentimiento. En otras partes la vida cual es no basta

para las facultades del alma ; aquí las facultades del alma no bastan para la vida, y el exceso de las sensaciones inspira una dejadez pensativa, que apenas se conoce al mismo tiempo que se está experimentando.

Vino la noche, y se pobló el aire de moscas relucientes ; parecia que el monte despedia centellas, y la tierra encendida dejaba salir algunas de sus llamas. Las moscas volaban por entre los árboles, algunas veces posaban en las hojas, y el viento movia aquellas estrellas, y variaba de mil maneras sus inciertas luces. La arena tambien contenia infinitas piedrecitas ferruginosas que resplandecian por todos lados ; era, al parecer, la tierra de fuego, que aun conservaba en su seno las huellas del sol cuyos rayos posteros acababan de darle calor : en fin aquella naturaleza tiene á un tiempo mismo una vida y una quietud que satisfacen plenamente los varios deseos de la existencia.

Corina se entregaba al encanto de aquella noche, y se llenaba de placer, y Osvaldo no podia ocultar su conmocion : mil veces acercó á Corina á su pecho, y mil veces la apartó de él, y luego tornó, y apartóse de nuevo por respetar á la que debia ser compañera de su vida. Corina no se acordaba de los riesgos que hubieran podido causarle recelo, porque era tal la estimacion en que tenia á Osvaldo, que si le hubiese pedido el don entero de su ser, no habria dudado que aquella demanda fuese el juramento solemne de hacerla su esposa ; mas le complacia se venciese, y la honrase con aquel sacrificio, y su

alma sentía la plenitud de ventura y de amor que no permite formar un deseo mas. Muy distante se hallaba Osvaldo de semejante sosiego; abrasábanle los atractivos de Corina, y una vez la estrechó á su seno como si hubiese perdido ya todo imperio sobre su pasión; pero Corina le miró con tanta dulzura y tanto temor; parecia le rogaba tan tiernamente que no abusase de su poder, que aquella humilde defensa le inspiró mas respeto que otra alguna.

Entónces divisaron en al mar el reflejo de una antorcha que una mano desconocida llevaba por la orilla, caminando con secreto á la casa inmediata. — Va á ver á su amada, dijo Osvaldo. — Sí, respondió Corina. — Y para mí, repitió Osvaldo, va á acabar la felicidad de este día. Los ojos de Corina, alzados al cielo, se llenaron de lágrimas: Osvaldo temió haberla ofendido, y se arrodilló delante de ella para implorar perdon del amor que le arrebató. — No, te dijo Corina, alargándole la mano en ademán de pedirle que se volvieran juntos; no, Osvaldo, estoy segura, respetareis á la que os ama; sabéis cuál es el poder de vuestros ruegos; vos pues respondeis de mí; vos me rehusaríais para siempre por vuestra esposa, si me hiciéseis indigna de serlo. — Bien, respondió Osvaldo; mas una vez que estais persuadida de ese cruel dominio de vuestra voluntad sobre mi corazón, ¿por qué, Corina, por qué es vuestra tristeza? — ¡Ah! repuso ella, decia entre mí que estos momentos que pasaba ahora en vuestra

compañía, eran los mas felices de mi vida; y al volver los ojos hácia el cielo para darle gracias, no sé por qué acaso se ha reanimado en mi pecho una superstición de mi infancia. Miraba á la luna, y cubrióla una nube, cuyo aspecto era funesto: siempre me ha parecido que el cielo tenia una impresión, ora paternal, ora enojada; y os lo digo, Osvaldo, esta noche condenaba vuestro amor. — Querida amiga, respondió lord Nelvil, los únicos agüeros de la vida del hombre son sus acciones buenas ó malas: y ¿no he sacrificado yo esta misma noche mis mas ardientes deseos á un sentimiento virtuoso? — ¡Ah! tanto mejor si este presagio no so comprende, replicó Corina; es verdad, *puede ser que ese cielo tempestuoso me amenazase á mí sola.*

CAPITULO II

Llegaron á Nápoles de dia, entre aquella población tan inmensa, y al mismo tiempo tan activa y tan ociosa. Atravesaron la calle de Toledo, y vieron á los Lazzaroni tendidos en el suelo ó metidos en una canasta de juncos que les sirve de habitación por la noche y por el dia. Este estado salvaje, que

se ve allí mezclado con la civilizacion, es en cierto modo muy singular : hay entre ellos algunos que no saben siquiera su propio nombre, y van á confesar pecados anónimos por no poder decir cómo se llama el que los ha cometido. Existe en Nápoles una gruta subterránea, donde pasan su vida millares de Lazzaroni, saliendo únicamente al mediodía para ver el sol, y durmiendo las demas horas, mientras que sus mujeres hilan : esto demuestra que en los climas donde son tan fáciles el alimento y el vestido, sería necesario un gobierno sumamente activo para dar á la nacion una emulacion suficiente; porque le cuesta tan poco al pueblo subsistir materialmente en Nápoles, que puede prescindir de la industria necesaria en otras partes para ganar la vida. La pereza y la ignorancia combinadas con el aire volcánico que se respira en aquel recinto, deben producir ferocidad, cuando las pasiones se exaltan; pero este pueblo no es mas perverso que otros : tiene imaginacion, lo cual pudiera ser principio de acciones desinteresadas, y con aquella imaginacion no sería difícil conducirle al bien.

Se ve á los Calabreses caminando á cultivar sus tierras con un tocador de violin delante, y bailando de tiempo en tiempo para descansar. Todos los años hay cerca de Nápoles una fiesta consagrada á la *Madonna* de la gruta, en que las muchachas bailan al son del tamboril y de las castañuelas, y no es cosa rara que se ponga por condicion en la escritura

de matrimonio que su esposo las ha de llevar á la fiesta todos los años. Preséntase en Nápoles, en el teatro, un actor de ochenta años, que está desde ya sesenta haciendo reir á los Napolitanos en su papel cómico nacional, el *Polichinela*. ¿Qué será la inmortalidad del alma para un hombre que llena así su larga carrera? El pueblo de Nápoles no tiene mas idea de felicidad que el placer; pero el amor del placer vale mas que un árido egoísmo. Ningun pueblo, es verdad, tiene igual aficion al dinero; si se piden á un hombre en la calle las señas de cualquiera parte, alarga la mano despues de hacer un ademán; porque son mas perezosos para las palabras que para los gestos; pero su inclinacion al dinero no es metódica ni pensada; le gastan al punto que le reciben : y si se introdujese el dinero entre los salvajes, le pedirian de la misma manera. Lo que falta mas generalmente á esta nacion, es el sentimiento de la dignidad: hacen acciones generosas y propias de un corazon sensible mas por buena índole que por principios; porque su teórica es mala por todos estilos, y la opinion no tiene fuerza en aquel país. Pero cuando se escapan de la anarquía moral algunos hombres ó algunas mujeres, es mas notable su conducta por sí misma, y mas digna de admiracion que en ninguna otra parte, porque las circunstancias exteriores en nada favorecen á la virtud : es preciso tomarla toda en el alma; las leyes y las costumbres ni recompensan ni castigan; y el que

es virtuoso es tanto mas heroico, cuanto no por eso le aprecian mas.

Las clases elevadas, con algunas honrosas excepciones, tienen bastante semejanza con las ínfimas; su entendimiento no está mas cultivado, y solo la práctica del mundo las distingue en lo exterior; pero, en medio de aquella ignorancia, se halla un caudal de talento natural y de disposicion para todo tan singular que no es posible prever lo que seria semejante nacion, si toda su fuerza se dirigiese hácia las luces y hácia lo moral. Como en Nápoles hay poca instruccion, hasta ahora presenta mas originalidad en el carácter que en el entendimiento; pero los hombres dignos de nota en este país, como el Abate Galiani, Caraccioli, etc., poseian, segun dicen, en el grado mas superior el gracejo y la reflexion, raras potencias del pensamiento, reunion sin la cual la frivolidad ó la pedanteria impiden conocer el verdadero valor de las cosas.

El pueblo napolitano, bajo ciertos respectos, carece de toda civilizacion; pero no es vulgo al modo de los demas: su misma groseria choca á la imaginacion; ya se conoce casi la orilla africana que rodea el mar por el lado opuesto; y los gritos selváticos que por todas partes se oyen, tienen un no sé qué de Numida. Aquellos rostros tostados, aquellos vestidos compuestos de algunos pedazos de tela encarnada ó morada, cuyo color subido llama la vista; aquellos andrajos que aquel pueblo mañoso arregla

todavía con arte, dan cierto aire pintoresco al populacho, mientras que por otro lado no se ven en él mas que las miserias de la civilizacion. En Nápoles suele encontrarse al lado de la aficion á la composura, y á las decoraciones, la falta absoluta de las cosas cómodas y aun precisas. Las tiendas están graciosamente adornadas con flores y frutas; y algunas tienen una apariencia de fiesta independiente de la abundancia y de la felicidad pública, y únicamente nacida de la viveza de la imaginacion; ántes de todo es para ellos recrear la vista. La suavidad del clima permite á los trabajadores de todas clases, trabajar en la calle; allí hacen los sastres vestidos, los bodegoneros sus comidas, y ejercitando así las faenas caseras fuera de las habitaciones, multiplican de mil modos el movimiento: y los cantos, las danzas y los juegos ruidosos acompañan bastante bien todo aquel espectáculo; de forma que no hay país donde mas se diferencie la diversion de la felicidad: por fin se sale de lo interior de la ciudad para llegar á los arrabales, desde donde se ve el mar y el Vesuvio, y se olvida cuanto se sabe de los hombres.

Osvaldo y Corina llegaron á Nápoles cuando todavía duraba la erupcion del Vesuvio; por el dia no se notaba mas que un humo negro, que podia confundirse con las nubes; pero por la noche, poniéndose al balcon, experimentaron una sensacion absolutamente nueva. Aquel rio de fuego baja hácia

el mar, y sus ondas de llamas, parecidas á las olas, manifiestan como ellas la sucesion rápida y continua de movimiento incansable : parece que la naturaleza, cuando se trasforma en elementos diversos, conserva siempre algunas señales de un pensamiento único y primero. Este fenómeno del Vesuvio hace en verdad palpitar el corazon; estamos tan acostumbrados á ver los objetos exteriores, que apenas advertimos su existencia, ni se reciben casi conmociones nuevas de esta especie en las prosaicas regiones del norte; mas la admiracion que debe causar el universo, se renueva de improviso al aspecto de un portento desconocido de la creacion; todo nuestro ser se siente agitado por aquel poder de la naturaleza, de cuya consideracion nos distrajeron largo tiempo las combinaciones sociales; conocemos que los misterios de este mundo no se encierran todos en el hombre, y que le amenaza ó le protege una fuerza independiente de él, segun ciertas leyes que no le es dado penetrar. Osvaldo y Corina se propusieron subir al Vesuvio, y el mismo riesgo que podian correr en aquella empresa daba mayor atractivo al proyecto que debian ejecutar juntos.

CAPITULO III

Habia entónces en el [puerto de Nápoles un navío de guerra inglés, donde todos los domingos se celebraban los officios religiosos; y su capitán y las gentes de la tertulia inglesa que habia en Nápoles, convidaron á lord Nelvil á ir al dia siguiente á su bordo. Aceptó la oferta, sin pensar al pronto si llevaria á Corina, ni cómo la presentaria á sus paisanos. Atormentóle este cuidado toda la noche; y paseándose la mañana inmediata cerca del puerto con Corina, al tiempo que iba á aconsejarle que no fuese al navío, vieron llegar un bote inglés con diez marineros vestidos de blanco, que llevaban en la cabeza un gorro de terciopelo negro, y encima el leopardo bordado de plata; saltó de él un oficial jóven, y saludando á Corina con el nombre de lady Nelvil, le pidió que entrase en el bote para ir al navío. Al oirse llamar lady Nelvil se sonrojó Corina, y bajó los ojos con turbacion: Osvaldo estuvo un momento como dudoso; y luego cogiéndola de la mano, le dijo en inglés: — Venid, querida mia. — Y ella le siguió.

El estruendo de las olas y el silencio de los marineros que con admirable disciplina hacian solo un movimiento, sin decir una palabra ociosa, y lleva-